
Paseando por Lima o luchando por el país

Visiones sobre las recientes manifestaciones y marchas universitarias.

Jaime (22): “Me parece estupendo que los estudiantes expresen sus convicciones y luchen por lo que creen de una manera tan firme. El único problema que le veo es la forma en que tratan de hacerse escuchar. No sé qué tan eficaz puede ser el lanzarse a las calles a protestar corriéndose el riesgo, primero, de que vándalos (que nunca faltan en estas marchas) opaquen la noble intención de los demás estudiantes; y, segundo, que los políticos y diversos movimientos totalmente distintos al de los estudiantes se aprovechen de estas movilizaciones de forma tal que les quitan toda credibilidad a lo que significa una marcha estudiantil.

De otro lado, no veo nuevas formas de hacerse escuchar por parte de los estudiantes. ¿Por qué no ser más ambiciosos, por qué no ir más allá de las marchas? Creo que los jóvenes estudiantes tenemos la suficiente imaginación y firmeza como para idear formas más eficaces de protestar.

Ya no es suficiente decir y resaltar los errores, eso ya se hizo. Ahora toca formular soluciones al problema, dar alternativas. Esto se logrará deshaciéndonos de la imagen de los jóvenes protestantes y reflejando lo que realmente somos, jóvenes pensantes capaces de mejorar la situación de nuestro país”.

Martín (23): “Creo que las marchas son una reacción a la violencia que en muchísimas formas ha ejercido el gobierno contra todos. Tribunal

Constitucional, Referéndum, todo es parte de una violencia sistemática del gobierno. Definitivamente la marcha es una forma de expresar el descontento y la oposición a la política económica también.

Si no se reclama y solamente se vota por otro en las elecciones no se hace sentir a nadie que estamos en desacuerdo y que este gobierno no nos representa para nada. Es casi como estar de acuerdo porque nadie va a sentirlo y el gobierno va a seguir haciendo las cosas a su antojo”.

Glauco (23): “Si la gente sale a las calles a marchar no es sólo por el autoritarismo, puesto que finalmente es el mismo autoritarismo -agravado- que venimos sufriendo hace ocho años (aunque sea evidente que el hartazgo en algún momento tenía que llegar), sino porque la cosa no viene marchando bien, y se siente en los bolsillos. Y si el gobierno no escucha, empiezan los gritos (y siguen los golpes). (...) Sin embargo ¿cuándo ha habido un cambio realmente trascendente en nuestra historia? Las cosas siempre han seguido igual nomás, y no tengo a mi disposición elementos que me permitan suponer que serán diferentes; aunque siempre sea cierto eso de que mañana será otro día y el rollo de que hay que tener esperanzas y construir. (...) La democracia hace creer a la gente que ‘su’ gobierno la representa porque ha sido elegido por una mayoría, pero sería interesante saber que porcentaje de la gente realmente lo cree así (...). Las mayorías, por lo menos en el Perú,

son masas que no se han cansado de ser manoseadas y manipuladas para hacer las peores elecciones y para tolerar (...) revelando una ingenuidad y una pasividad excepcionales (...). Es mentira que las mayorías lleguen al poder o que haya una real representación de ellas. (...) Sin embargo, es innegable que el Estado es indispensable para la sociedad actual y que la democracia es el menos malo de todos los sistemas políticos porque al menos permite un cambio en el gobierno (aunque sea por lo mismo) y así un mínimo de fiscalización (...).

Cuando veo el apasionamiento de los jóvenes marchistas estudiantiles pienso que sus esperanzas son las mismas que las de los jóvenes de hace treinta años que hoy día están en el poder y que no han cambiado el mundo como prometieron. (...) No son diferentes de los políticos mayores, simplemente son jóvenes. En realidad, la mayoría sale a marchar porque está disconforme (...) pero también porque se divierte con el romanticismo de tomar calles y plazas, ¿o Mayo del '68 no acabó porque comenzaron las vacaciones y la gente se aburrió de la revolución??"

Renato(21): "(...) Me parece que es un medio necesario salir a las marchas porque una marcha es eso, es un reclamo, es alzar la voz, pero eso no soluciona las cosas, lo que se necesita es un programa ¿no? Todos están en contra de lo mismo pero no todos están a favor de lo mismo (...) es necesario que la protesta se institucionalize, se canalize de alguna forma (...). Pueden salir Diez Canseco y Anel Townsend a decir 'sí, tenemos un programa', pero si no hay una manera de entrar en ese círculo las cosas podrían seguir igual (...).

El miedo a la política está desapareciendo, pero a la política en el sentido de tomar partido, de formarse una opinión; pero al punto de la acción me parece que hay un trecho más largo (...). No creo que toda la gente siempre vaya a las marchas por figurar (...). No estoy convencido de que todas las personas que vayan a la marcha estén completamente convencidos de lo que están haciendo, pero

si de alguna manera eso llama su atención eso está bien (...). Creo que la gente actúa en conjunto por la necesidad de reconocerse en grupo, porque al final la gente no puede vivir sola ¿no? De alguna manera te tienes que dar cuenta de que lo que sucede afuera te afecta a ti también (...).

Probablemente la única propuesta que en mis pocos años recuerdo es la que presentó Libertad. ¿Y por qué perdieron las elecciones? Por la satanización de la política; que no demuestra sino la falta de fuerza de una sociedad que requiere de la política para expresar sus opiniones."

Julio(23): "(...) Elaborar proyectos es mucho más fácil apoyándose y ocultándose en la masa, sin un líder; y eso es un problema (...). Creo que se está subestimando la inteligencia de la gente, si hay elecciones limpias, habrá un revés, eso es obvio (...). Sería positivo, aunque los mecanismos que les permitan participar sean ilegítimos (...). La emoción va del lado de sentir que la gente está protestando contigo, por algo en conjunto. Cuando realmente hay eso, hay emoción, una catársis individual".

Brendan (22): "Representatividad es un concepto difícil (...). En Irlanda, por ejemplo, hay formas de exigir que se ejecute el plan de gobierno que se propuso en la campaña, y formas de punir eso, no veo por qué no hacerlo aquí (...).

Me he separado de la Coordinadora Universitaria por la Libertad y los Derechos Humanos debido a motivos personales y también a las presiones que ejerce el gobierno frente a estas actividades, pero son muchos factores (...). Existen otras actividades y proyección, por ejemplo yo formaba parte de la comisión estatutaria o redactora de los estatutos de la asociación (...). Hay un complejo por evitar ser el líder aquí ¿no? Entonces en la asociación trabajábamos sin un líder claro, igualitariamente (...). Toda marcha tiene un pliego de reclamos. Definitivamente, a cualquier persona que me

muestre interés por participar la derivaría a la Coordinadora; sigue pareciéndome algo que vale la pena (...).”

Juventud y gobierno

Por Carlos Enrique Rodríguez

Alumno de sexto ciclo de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

La política es un asunto por demás complicado. No resulta fácil gobernar algo de forma plena y menos aun lo es que los hombres se gobiernen a sí mismos. Y, lo que es peor, en ocasiones las cosas se complican todavía más por nuestros propios méritos, como si existiese una necesidad de hacer ingobernable una situación y el desorden fuese un estado normal, en otras palabras, el estado deseado.

Cabe preguntarnos si nuestro país es un “lugar” gobernable y de ser afirmativa esta respuesta qué tanto lo es. Y para responder esto debemos preguntarnos primero qué tan gobernable hacemos nosotros nuestro país, cuestión que nos conduce a determinar si en el fondo deseamos ser realmente gobernados. Así pues, al abordar este problema viene a nuestra mente la idea del pacto o contrato social mediante el cual las personas conceden al Estado el poder de gobernarlos, garantizando el orden y resolviendo conflictos entre los particulares; pero ¿cómo se manifiesta este contrato social actualmente, es decir, cómo se manifiesta hoy el consenso social en nuestro actuar y en nuestras conciencias?

Y al respecto afirmamos, sin la menor reserva, que el Perú vive un gran estado de ingobernabilidad. Existe una gran desconfianza entre nosotros mismos, al menos la juventud desconfía; los jóvenes no creen en líderes ni en caudillos, sólo creen en ellos. El individualismo es un signo de nuestros tiempos y hace que algunos creen y se convenzan que la naturaleza humana es en sí egoísta, afirma-

ción que nos resulta difícil de aceptar aunque día tras día observemos situaciones que podrían sustentar dicha apreciación.

Entonces, ¿qué ocasiona que, no obstante el individualismo y el egoísmo, un grupo de jóvenes se unan y elevan su voz de protesta contra el gobierno de nuestro país? ¿es acaso esto una manifestación más de lo ingobernable que es nuestro país o responde, por el contrario, a una necesidad de buen gobierno?

Cuando el 5 de abril de 1992 se produjo la disolución del parlamento -léase congreso- por obra del presidente de la República, el ingeniero Alberto Fujimori, la gran mayoría de los actuales universitarios aún se encontraban cursando los últimos años de secundaria. Gran parte de nosotros recordará que aquella decisión fue tomada con beneplácito por la mayoría de peruanos, es más, el sector de la población correspondiente a los jóvenes adultos de principio de los años '90, “hartos de la política”, fue uno de los que abrumadoramente aprobaron el autogolpe de Estado. En aquel momento, quienes más temieron con dicha determinación fueron muchos de nuestros padres y abuelos, pues tenían en la memoria los recuerdos de una serie de gobiernos autoritarios y golpistas que nos sumieron en años de caos y de desunión.

El descrédito de instituciones como el congreso y el Poder Judicial fueron factores que, unidos a la efectiva lucha contra el terrorismo y la recuperación de la economía del país, hicieron que la gente se “olvidara” de la institucionalidad y la democracia, y confiase en una solución -la disolución del congreso y la total violación de la Constitución de 1979- que concebida al interior de un “mundo ordenado” sería propia de lo caótico. Así pues, en nuestro país el cierre del congreso y otras medidas posteriores, igualmente inconstitucionales, según el discurso político de esos años -el cual aún escuchamos hoy- lo que buscaban era ordenar. ¿Existe acaso algo más contradictorio?

En este orden de ideas, muchos se preguntan

¿qué fue lo que paso con la juventud en aquel momento? ¿por qué en aquella oportunidad no elevó su voz de protesta y salió a las calles como hoy lo hace? Creemos que cabría preguntarnos en todo caso ¿qué sucedió con el Perú y los peruanos en general?

El “autogolpe” no sirvió nunca de advertencia para lo que se venía -no pusimos en práctica el dicho popular “golpe avisa”-, sino que hizo creer a los peruanos que las cosas marcharían como deseaban, tal vez porque la actitud de disolver el congreso coincidía con ese deseo de gran parte de nosotros de no ser gobernados por alguien y ser nosotros mismos nuestro propio gobierno. Si bien existía la necesidad de un buen gobierno, fueron la desconfianza y la desilusión en la representación política las que justificaron el “autogolpe”. La democracia representativa en el Perú había colapsado el 5 de abril de 1992, para la gente el congreso no los representaba, pero los peruanos restamos importancia al asunto, es más, la mayoría se sintió identificada con la ruptura de la representatividad en el país y con esa actitud autoritaria y egoísta de “nuestros gobernantes”.

Han pasado los años y en su transcurso se han producido una serie de hechos que se sumaron a la disolución del congreso, los cuales a muchos hasta ahora nos parecen increíbles y en su momento fueron inimaginables; así, al autogolpe del 5 de abril siguieron la promulgación de la Ley de Amnistía o “Ley Cantúta” en favor de los militares que cometieron actos criminales en la lucha contra el terrorismo; la promulgación de la ley interpretativa del artículo 112 de la Constitución, Ley No.26657, que posibilitaría una segunda reelección del presidente Fujimori; la destitución de parte de los magistrados del Tribunal Constitucional que imposibilita su actuación; la reducción de facultades al Consejo Nacional de la Magistratura; la frustración en manos de la mayoría oficialista del congreso del referéndum sobre el tema de la reelección presidencial y otros actos del gobierno que debi-

litaron, si no destruyeron, la institucionalidad y la democracia en nuestro país.

Tuvieron que acaecer una serie de situaciones posteriores al golpe, principalmente las nombradas anteriormente, para que la gente se desilusione de esa medida tomada por el gobierno. El sentimiento generalizado hoy es de indignación ante esta sistemática destrucción de la democracia, lo que no hace más que acentuar la poca gobernabilidad del Perú. Así, hoy nuevamente manifestamos la sensación de que nuestros gobernantes no nos representan -la cual creemos que convive con casi todos los peruanos y, sin embargo, pocas veces se expresa a viva voz-, pero a diferencia de acontecimientos anteriores somos conscientes de que no habrá medida alguna del gobierno que concuerde con nuestro deseo de autogobierno, como sucedió aquella vez.

Frente a los hechos producidos durante este gobierno, la indiferencia de la juventud y de los peruanos en general, que encuentran su explicación por el individualismo imperante en nuestra época, dio paso a una reacción popular que si bien reclama institucionalidad y democracia aún no da visos de proponer una solución al problema de la gobernabilidad del Perú. La gente, y en especial la juventud, protesta en respuesta del caos político y social que no se soporta más. Se hace latente la necesidad de poner “orden en la casa”.

Ahora bien, si los jóvenes han salido a las calles a protestar y hacer escuchar su voz; debemos preguntarnos ¿quiénes son y cuál es su voz? Es evidente que no son todos, pero tampoco son unos cuantos. Son en su mayoría universitarios y a todos los lleva a protestar una causa común, el resquebrajamiento de la democracia y de las instituciones en nuestro país.

Sin embargo, y he aquí el gran problema, si bien existe un punto de convergencia entre los jóvenes aún no existe un “plan” común a ellos. No se puede hablar de proyectos comunes de gobierno como en otras épocas en las que se podía ver como la juven-

tud se “jugaba” por una posibilidad de gobierno, llámese socialismo, aprismo, social democracia, etc. Aquellos eran otros tiempos, en los que las ideologías y los partidos políticos formaban parte de la vida de los universitarios y de los jóvenes en general; tal vez existía conciencia de lo importante que era buscar consenso entre la gente, a tal extremo que para muchos lo universal y lo absoluto eran conceptos indesligables de sus mentes.



Hoy, por el contrario, somos testigos de cómo el péndulo se ha trasladado al lado opuesto y los jóvenes difícilmente creen en lo universal y más bien proclaman el relativismo a ultranza -sin exagerar este término-; el respeto a las particularidades a tomado cuerpo de individualismo y la solidaridad ha sido desligada por muchos de la naturaleza humana. Es en este contexto que algunos jóvenes salen a las calles, ¿cuánta conciencia de conjunto pueden tener?

Por otro lado, muchos al ver, por ejemplo, las marchas estudiantiles por televisión podrán decir y creer que existe unidad entre los jóvenes que

protestan contra el gobierno, pero lo que sucede en los hechos es que la integración es poca y la solidaridad que puede manifestarse en una marcha no escapa a ese momento. Es cierto que las sensaciones de unidad y satisfacción nos invaden cuando vemos que otros jóvenes protestan por los mismos hechos por los que luchamos. Pero también es cierto que un joven no permite que otro se tome atribuciones que él jamás ha delegado ni que piensa delegar, en otras palabras, el grado de intolerancia de los jóvenes frente al liderazgo es alto y el egoísmo manifiesto.

Cómo lograr que nuestro país sea gobernable si la gente se tiene tan poca confianza y, en la mayoría de las veces, nos resulta difícil expresar respeto por las ideas del otro. Cómo sostener que la democracia representativa puede ser un sistema válido en un lugar donde se elige representantes porque existe la obligación de votar; y si no, sólo imaginemos cuál sería el porcentaje de ausentismo en una elección de ser el voto facultativo. La conciencia política aún no se ha formado en nuestro país, todavía está en ciernes. Tal vez otras generaciones tuvieron buen impulso, pero nunca lograron saltar la valla.

Nos disgusta creer que no podamos lograr un estado de gobernabilidad en nuestro país. Debemos decidirnos de una vez por todas a alcanzar este objetivo y un buen comienzo es el expresar simplemente nuestro sentimiento de respeto ante el reclamo justo de otro.

Creemos que es momento de unir fuerzas pero no sólo para criticar sino para elaborar proyectos de gobierno, tal vez no baste uno sólo sino muchos para tener alternativas que escoger. Los jóvenes y los peruanos en general debemos olvidar nuestro egoísmo pero buscando romper con el péndulo que nos condena al eterno retorno; así pues, debemos encaminarnos hacia una nueva etapa de solidaridad integrando el pasado con el presente como un espiral que parte del centro y extiende su línea al infinito sin retornos de ninguna clase.

Un desencanto condicionado

Por **Álvaro Díaz Bedregal**

Alumno de séptimo ciclo de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1 Positivamente, creo que haber entrado en un 'limbo' político hace casi ocho años me ha hecho cambiar de óptica respecto a la actividad política en el Perú, y en gran medida dar un vuelco radical en la visión que alguna vez tuve de los participantes de esta actividad.

Para ser más directo, legalmente los participantes de la actividad política en este país son todas las personas que tengan una libreta electoral registrada. No considero como requisito otro hecho porque ya hemos visto que incluso peruanos impedidos de contar con una libreta electoral la han conseguido. De manera que cualquiera que porte una libreta electoral y cuente con registro tiene -en la práctica- conferidos los derechos políticos constitucionalmente establecidos.

La política parece ser una muestra del pueblo y de sus características, de sus sueños y de sus miserias, de sus limitaciones, de sus complejos, de sus bajas pasiones, de sus violencias y, ocasionalmente, de algún acto de nobleza. Uno de los pocos ejemplos de esto último es la respuesta que el entonces ministro de educación del primer gobierno belaudista, Francisco Miró Quesada, dio a la obstinación de una bancada aprista por censurarlo: "Cumplan su consigna", retirándose del lugar.

Para un filósofo e intelectual brillante, era más que evidente que la censura se daría con sus respuestas o sin ellas. Existía un acuerdo. Esto quiere decir que cada miembro de la bancada aprista estaba ejecutando un comando, sin reflexionar si este era realmente el correcto o no. Es decir, para ellos, el funcionamiento del país no dependía de su

pensamiento u opinión, sino del arbitrio -antojadizo e irracional o no- que su 'líder' les espetaba antes de la sesión.

Nadie puede contestar a este argumento pretendiendo hacer analogías entre nuestro congreso y otros en donde efectivamente se da una disciplina partidaria como en Inglaterra, en donde las opiniones son expresadas dentro de la bancada previamente y la posición debidamente ponderada teniendo cada opinión en cuenta. Esto, porque son contextos y sistemas absolutamente distintos, y porque a fin de cuentas, existe la seguridad de que cada miembro del parlamento y gobierno está obligado moralmente a tener una participación aprobable por todos, puesto que su **prestigio** está en juego allí. Esto arrastra que en países como ese, al menos la mayoría de parlamentarios **tiene efectivamente una opinión**, y no aplicarían la censura antojadizamente porque saben que tales decisiones políticas no solamente frustrarían al partido contrario sino que principalmente perjudicarían al reino o país. El prestigio parece ser una palabra inglesa para muchos de nuestros políticos.

No puedo evitar decir y escribir que el ambiente político en el Perú desalienta a cualquiera de analizar sus defectos. Tiene demasiados. Sin embargo, es menester hacerlo frente a hechos que nos tocan en alguna forma como las marchas estudiantiles y el descontento que mucha gente expresa acerca del gobierno en esta década.

La motivación de todos los jóvenes parece ser de plano un rechazo a las actividades y al desarrollo del gobierno actual. Salen a expresarle al gobierno su desazón y sus quejas respecto de haber limitado la posibilidad de controlar la constitucionalidad de las leyes, haber recortado facultades a los jueces y habérselas entregado a una administración del poder judicial, haber denegado el referéndum y, aparentemente, respecto de la situación económica del país.

Este es un reclamo, entonces, con dos aspectos

principales. Se reclama por i) excesos en la actividad gubernativa, autocracia, etc; y ii) la situación económica actual, de pobreza, letargo económico y limitado acceso al empleo, por citar algo de lo usualmente manifestado. No voy a analizar esencialmente la actividad del gobierno del Perú en esta década es reprochable en ninguno de los dos aspectos, el tema es ciertamente el dar una visión sobre estos hechos y marchas y algunas de sus partes subyacentes⁽¹⁾.

2 El gobierno actual se inició en el año 1990. Las elecciones de 1990 presentaron a un candidato que dos meses antes del día final, contaba con un porcentaje mayor a la mitad del universo de electores.

Apareció entonces un candidato desconocido, que empezó a tener cabida en los espacios de la televisora estatal, y que extrañamente no era atacado en los avisos publicitarios de los candidatos a la presidencia por los partidos de izquierda unida y la apra⁽²⁾, que, en cambio, se empeñaban en desacreditar en cualquier forma (inclusive cuestionando la calificación de 'arte' para sus libros, insinuando así la evasión tributaria) al candidato del Frente Democrático, Mario Vargas Llosa.

Naturalmente, el candidato que contaba antes de las elecciones con un apoyo mayoritario obtuvo el primer lugar en la primera vuelta electoral. Sin embargo, el segundo lugar fue ocupado sorpresivamente por el candidato desconocido, Alberto Fujimori, jamás atacado por los dos grupos antes mencionados. La segunda vuelta sería entonces una contienda entre estos dos candidatos.

Si recordamos el 'plan' propuesto por el candidato hoy presidente, encontraremos que proponía, obviamente, una forma alternativa a la decisión de estabilización económica propuesta por

Vargas Llosa y su equipo. El caballo de batalla del candidato nuevo era evidentemente el serlo y el ofrecer algo distinto al *shock*, término técnico económico que la apra⁽²⁾ y luego Fujimori usaron para presentar como una catástrofe aniquiladora el proyecto de estabilización económica de Vargas Llosa, por cierto imprescindible como se vió más adelante. La propuesta de Fujimori era por demás gaseosa y difusa, no se especificaba casi nada.

Como un bloque nunca antes visto, los votos de la izquierda y la apra fueron otorgados disciplinadamente a Fujimori; los que, unidos a los votos de un electorado absolutamente manipulado por propuestas demagógicas dieron a Fujimori una victoria clara. Deseo recordar las declaraciones del profesor Luis Alberto Sánchez a la prensa televisiva tres días antes de la elección en segunda vuelta:

- Entrevistadora: Doctor, ¿su voto ya está decidido por el ingeniero Fujimori?

- L.A.S.: No, no, señorita, yo no voy a votar por Fujimori, **yo voy a votar contra Vargas Llosa**⁽³⁾.

Y así este gobierno llegó al poder, aplicando la política que específicamente ofreció no aplicar, que era absolutamente indispensable para mantener al gigantesco aparato estatal y no causar una bancarrota en el fisco. Se dieron luego los sucesos de Abril de 1992 y el cambio de Constitución. Paradójicamente, los miembros de los partidos que disciplinadamente pusieron en el poder al gobierno del ingeniero Fujimori participaron en el Congreso Constituyente Democrático, firmando una Constitución que hoy vapulean.

El pueblo peruano fue, luego de la renovación constitucional, testigo de un acelerado proceso de reformas, que acompañaban a la económica inicial. El flagelo del terrorismo tuvo una seria merma debido al uso de la inteligencia por parte de las

- (1) Creemos que existen características en las costumbres políticas de los peruanos que hacen difícil ver estas marchas como retratos de un sentir gigantesco y consciente rechazo hacia el gobierno. Decididamente se trata más de una situación de clases estudiantiles, sindicales y de los siempre advenedizos políticos.
- (2) Decimos en adelante 'la' apra porque responde a alianza popular revolucionaria americana. Dicho sea también que es el único partido político que en el gobierno ha permitido que el agua supuestamente potable para Lima, contenga coliformes fecales y así llegue a los usuarios. El presidente aprista solicitó al entonces presidente de la empresa estatal administradora del agua (SEDAPAL), que bebiera un vaso de agua de los tanques para demostrar que no era tal la situación. El olor del agua en los grifos y la rápida salida de escena del funcionario denotaron cosa distinta.
- (3) Deseamos expresar que esto en ninguna manera menoscaba la calidad literaria y personal del profesor Sánchez, a quien debe brindarse un respetuoso recuerdo. Fuera de esto, la respuesta ilustra completamente lo que deseamos expresar.

fuerzas del orden, y muy probablemente debido a la suspensión de garantías. La nación cambió para la visión del hombre peruano común, que sólo lee el diario deportivo donde la replana y el chisme son negocio, y pasó a ser un país con menos violencia y más orden.

Dada su tradicional nostalgia por regímenes duros y por caudillos, como los que se ha tenido desde el incanato, el pueblo volvió a elegir por una mayoría aún mayor al Ingeniero Fujimori para gobernar, y nos encontramos hoy en el plazo de ese mandato.

Es en éste contexto que las marchas aparecen como expresiones de estudiantes y notoriamente de políticos que las aprovechan. Son los mismos grupos políticos que permitieron que el presente gobierno ingresara la primera vez, hace casi ocho años. Ya casi nadie lo recuerda.

3 Una marcha de protesta contra quien gobierna es un hecho que implica una motivación principal por parte de los participantes respecto del discursar de su gobernante. Particularmente, esta puede tener muchísimas características distintas entre entorno y entorno, y en efecto, nuestro entorno presenta características especiales e inherentes al país.

Los jóvenes universitarios que -mayormente- realizan las marchas, manifiestan, como podemos ver, un rechazo a la política oficialista y a los medios de que este grupo se vale para desarrollar sus propósitos. Ahora, debe notarse que todos los participantes de una marcha consideran que es éste el medio más apropiado para expresar su oposición y queja. Para ellos, otra forma de expresión no está al alcance o, en un extremo, no actuar, no reaccionar sería, según las opiniones recogidas, casi un consentir el acto o actos repudiables.

Debe tenerse en cuenta que estos universitarios representan, en primer lugar, una clase especial en el universo educativo peruano. Se trata de gente actualmente educándose, gente que sin ninguna duda está, al menos presumiblemente, adquiriendo una conciencia que es la raíz de sus quejas. Muy

lamentablemente, no son ni mucho menos la mayoría del universo educativo a que aludimos. Es paradójico, pero numéricamente no constituyen una gran proporción del número de personas en esa edad en nuestro país. Algo los distingue entonces del resto de personas inactivas de su edad, y ese factor parece ser el nivel educativo. En puridad, el criterio adquirido en este proceso educativo.

En el factor de eficacia, las marchas representan grandes motivos de noticias para al menos parte de la prensa y logran ciertamente una cobertura directamente proporcional al número de participantes y al grado de violencia de las mismas. Las marchas tendrían, luego, un efecto principalmente divulgativo, potencialmente un efecto incitador a mayores respuestas, incluso violentas, y en el caso de darse casos de violencia, un efecto destructivo.

Esencialmente, una marcha no constituye un efecto distinto a la presentación de una serie de reclamos ante una autoridad impuesta o electa. Por consiguiente, claramente no tendrá efectos directos de solución de los problemas, sino que sólo será una apelación al entendimiento entre gobernantes y gobernados. Pieza clave de la prosperidad del sistema de reclamos colectivos será la disposición de los gobernados para atender a estos.

Los acontecimientos nos muestran que tradicionalmente no existe una disposición de los gobiernos para la atención de los reclamos que movilizan toda marcha. Nuestros gobiernos no son una excepción a la regla.

Ante las expresiones sobre la ocurrencia de un fenómeno general en donde 'el pueblo' se levanta frente al gobierno debe preguntarse enfáticamente ¿Es este un fenómeno 'del pueblo'? Teniendo en cuenta el requisito citado de conciencia y de educación para la formación de esta, creo que no estamos ante un fenómeno popular en el sentido estricto del término.

El pueblo peruano no tiene en su mayoría la capacidad de dilucidar correctamente entre lo demagógico y lo real, entre las promesas difusas y

las crueles necesidades reales del Estado y el país. No la tuvo al elegir al gobierno de 1990 a 1995 y no la tendrá jamás si no se le prepara para ello. Por lo pronto no lo estamos haciendo y desde el momento en que empecemos a hacerlo, deberemos esperar al menos veinte años para ver un resultado distinto al actual.

Algo para lo que 'el pueblo' (así como aluden los políticos demagogos a aquel ente que "no se equivoca" o que es "sabio") sí tiene una conciencia es para exigir al Estado todo lo posible. La tradición del Estado apadrinador, que acapara las actividades económicas y por ende distribuye lo obtenido salvando cualquier problema que 'el pueblo' tenga.

El Estado total y controlista está actualmente fuera de contexto, pero nuestra gente sigue creyendo en un Estado que debe reparar sus casas, darles obligatoriamente trabajos bien remunerados, aunque esto sea hecho a costa de debilitar la economía y causar el descalabro del presupuesto, etc. Parte del arrastre de una marcha está dado por el complejo de padrinazgo que nuestro pueblo sufre también; porque habrá en la marcha mucha gente que no sabe lo que significa institucionalidad democrática, democracia, gobierno representativo, poder judicial, tribunal constitucional, etc. Estarán allí por el romance o por el hambre, en la idea en el segundo caso, de que el Estado y el gobierno de turno es el responsable de todas las carencias y la mala economía.

Considero que los estudiantes que marchan debido a los sucesos citados, están llevados más por aquel romanticismo de tomar calles y plazas, que por una sólida convicción de cambio de las cosas. No puede desacreditarse las motivaciones de los muchos que, probablemente, experimentan una gran frustración frente a los peligros que una perennización en el poder permitiría; sin embargo es notable también que este país no puede jactarse de tener un pueblo con conciencia cívica sólida. No la tiene porque en este país se eligió al actual gobierno al azar, votando irresponsablemente, por

ejemplo. Nadie le ha reclamado a los políticos de izquierda y de la apra que tal vez no tienen total derecho de reclamar hoy por los actos de un gobierno que erigieron con sus votos de consigna. En efecto, tienen como todo el pueblo derecho a equivocarse (este es probablemente el derecho más libre y frecuentemente ejercido en nuestra patria, sobre todo en política), pero después de haber sopesado las posibilidades y consecuencias. Es claro que pocos de ellos lo hicieron.

El efecto de las marchas se diluye en parte porque la corriente actual sigue siendo un individualismo fuerte y porque el ideal de progreso personal material tiene al egoísmo y al exceso de celo competitivo como anexos funestos. Todos los universitarios o la mayoría de ellos, no sienten la real necesidad de sostener una lucha mediante marchas y movimientos, sí en cambio de protestar ocasionalmente ante sucesos de escándalo. La ausencia de resultados los desalienta.

No cabe duda de que es posible vislumbrar actos de protesta o reclamo más inteligentemente ejecutados y planeados que los que hemos visto en este 1998. Sin embargo, diseñar una estrategia requiere el concurso activo de participantes que no están ni educados para una conciencia cívica ni realmente deseosos de mantener las actividades.

Gente que elige a su gobernante porque parece de su clase social, económica; porque prefieren la foto de éste a la del otro candidato en la cédula de sufragio, etc; no está aún en capacidad de evitar ser manipulados por políticos de consigna como aquellos que avivan heridas y resentimientos sociales en avisos públicos que dicen: "Los ricos nunca votaron por los pobres, los pobres nunca votarán por los ricos"⁽⁴⁾ y demás recursos, penosos para quienes tienen una capacidad crítica, pero digeribles por aquella mayoría, decisiva en la política del país, que sin embargo está muy lejos de comprender las necesidades -pasajeras o no- de estos jóvenes al reclamar al gobierno que no los representa, que no es legal tal o cual actitud, o que desean un país en donde se respete la ley.

(4) Aviso del partido aprista peruano en la avenida J. Pershing, de Febrero a Agosto de 1990. Sin comentarios adicionales.

Todo indicaría que no es prioridad de la clase política que aprovecha la mala educación y memoria del ‘pueblo’ el empezar a educarlo, a entrenarlo en la conciencia política. La mayoría manipulable desaparecería entonces y la política estaría sujeta a examen constante. En un país con educación, las propuestas de jóvenes no serían tan necesarias, pues tal vez los errores no se darían tan a menudo, o la gente no tendría la actitud flemática de reclamar por las actitudes de su elegido si al elegirlo lo hizo pensando en criterios distintos a las necesidades imperiosas.

Como señala Brendan, uno de los jóvenes con quienes conversamos, de pronto todo empezaría por la educación, sin ella todo intento es estéril y cualquier manipulación posible. Allí va a los jóvenes marchantes una verdadera vía de solución, a largo plazo es cierto, de la fábula vivida hasta hoy.

Por la institucionalidad, en las calles

Por Mariela Candela(*)

Alumna de séptimo ciclo de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Esta exposición no pretende ser otra crítica al sistema, a la falta de institucionalidad que bien sabemos es el peligro que amenaza nuestro sistema democrático, ni ser una reseña de los acontecimientos que se han suscitado a partir de estos hechos; sino que pretende ser una visión de la respuesta generada por los jóvenes, y por qué no, ser una especie de reconocimiento y agradecimiento para aquéllos que tienen, creen y luchan por sus ideales, el respeto y amor a su país.

La fecha es 5 de junio de 1997. Las calles de Lima se alistan a presenciar el despliegue de miles de personas que deciden tomar el centro de la ciudad

con el propósito de demostrarle al gobierno que había ido más allá de lo permisible. Estas personas eran en su mayoría jóvenes entre los 17 y 25 años, jóvenes estudiantes de distintas universidades, tanto nacionales como particulares, algunos otros de institutos, así como algunas organizaciones sociales, clubes de madres, de jubilados y también organizaciones sindicales como la Central de Gremios de Trabajadores del Perú (CGTP).

El motivo de esta marcha estudiantil, la que tuvo la mayor convocatoria durante el gobierno del ingeniero Alberto Fujimori, fue la destitución de algunos miembros del Tribunal Constitucional sin los cuales este organismo, encargado de la defensa de la constitucionalidad en nuestro país, no podría ya funcionar ni siquiera de la manera restringida en que venía haciéndolo.

Este sólo fue un eslabón más de la cadena que venía elaborándose, porque la desnaturalización de la institucionalidad en nuestro país se ha producido de manera sistemática, teniendo como punto de partida el “autogolpe” perpetrado por el presidente Alberto Fujimori, el 5 de abril de 1992.

No podemos dejar de señalar que la respuesta de los jóvenes sorprendió porque llegó en un momento en que la vida política de éstos estaba aletargada, cuando en las universidades -tomamos el ejemplo de ellas porque es el ámbito que más conocemos- los centros federados ya no son más entes políticos, con poder de representar a aquellos alumnos que decidieron “obligadamente” votar por ellos⁽⁵⁾, con la posibilidad de hacer sentir su voz de protesta ante las situaciones de abuso generadas por algunas disposiciones administrativas de la universidad, sino unos centros federados encargados de, sin menospreciar estas labores, recoger víveres para donar a diversas beneficencias de nuestro país, organizar festivales y prestar libros y útiles a los estudiantes.

De esta manera, los jóvenes nos encontramos sin organizaciones en las cuales poder desplegar el

(*) Agradecemos los valiosos aportes de Carlos Alberto Arnillas y Edwin Bellotas, ambos estudiantes de la Universidad Nacional Agraria de La Molina, para la formación de las ideas que motivaron este trabajo.

(5) Esto, en virtud del castigo monetario a que se hace merecedor el alumno que no vota en las mencionadas elecciones, en el caso de las universidades particulares.

interés político que en muchos se puede generar; pues, por otro lado, en nuestro país ha desaparecido la credibilidad en los partidos políticos tradicionales, la ideología de éstos y su forma de organización.

Cuál es entonces la manera en que estos jóvenes pueden canalizar y desarrollar su carácter político, si las universidades han restringido esas prácticas y ya no hay credibilidad en los partidos políticos tradicionales.

Pues bien, creemos que ante estas limitaciones, los jóvenes de hoy, que han crecido en la época más sangrienta del terrorismo, del toque de queda, del miedo a expresar libremente sus ideas; han decidido que están hartos y han salido a las calles para ser escuchados.

Surge en nosotros otra interrogante, ¿cuál puede ser la causa que hizo que miles de jóvenes realicen estas manifestaciones, cuando durante mucho tiempo soportaron e incluso apoyaron situaciones como la disolución del congreso y la amnistía para los que asesinaron a estudiantes en la Universidad La Cantuta, sólo para enumerar dos de los más saltantes ejemplos del atropello del gobierno?

Pues bien, creemos que nuestra juventud se cansó de la pasividad y empezó a despertarse del sueño de la indiferencia para buscar opciones por sí misma, formas de manifestarse y de expresar el malestar que podía sentir ante los excesos que se venían produciendo. Así, tenía que llegar el momento en el que despegáramos a otra etapa, a la etapa en la cual cuestionásemos hacia dónde nos dirigimos y hacia dónde nos gustaría dirigirnos, en la que podamos preguntarnos si el fin justifica todos los medios o tan solo algunos.

Podría pensarse que muchos de ellos fueron motivados por algunos políticos de la oposición para empezar estas movilizaciones -como creen algunos- pero nos parece que eso es desvirtuar la iniciativa de éstos y resulta ser una salida muy sencilla al tema en cuestión.

No existe una explicación cierta del por qué, pero el hecho es que estos jóvenes se levantaron e

hicieron historia y están en la búsqueda de ser escuchados; de alzar sus voces y dirigirlas a aquellos que hoy nos gobiernan, porque tal vez aún hay esperanza, esperanza de un futuro mejor, de un país en el que podamos tener la seguridad de que las normas fundamentales de nuestra sociedad van a ser respetadas y no van a cambiarse de acuerdo a las conveniencias de algunos cuantos. Pero así como se siente esperanza también se siente miedo, puesto que los golpes se han dirigido hacia la institucionalidad del país, han hecho que ésta se encuentre agonizante y, si no hay un mínimo de respeto del gobierno hacia el Estado, entonces qué podemos esperar de aquél para con los ciudadanos.

Como ya lo hemos dicho, el propósito de estos jóvenes es ser escuchados, pero más importante es lo que desean decir, pues en principio quieren oponerse a todas las deformaciones de la democracia que el gobierno puede perpetrar en nuestro país, siendo la democracia la vía por la cual debe transitar el Estado, ya que de esta forma podemos participar todos activamente en la dirección del país. Debe recordarse que las instituciones se destruyen cuando se ven disminuidas en sus facultades y autonomía y cuando no podemos participar en ellas.

Consideramos muy válida la forma de expresión mediante movilizaciones de jóvenes contra el gobierno. Sin embargo, cabe destacar que el hecho de que éstas se hayan realizado constantemente hace que se pierda el interés por las mismas. Se debe buscar otras alternativas. Una de estas es la realización de conversatorios que cumplan un fin informativo y que logren fomentar la discusión, pues de ésta surgen las mejores ideas.

A estas alturas, luego de más de un año de iniciada esta manifestación estudiantil vemos con orgullo que muchos de los que se organizaron para ir a las marchas han pasado a otro nivel, al de cuestionarse sobre qué sigue luego de haber podido expresarse. De esta manera, y para dar respuesta a sus preguntas han decidido que tienen que ir más allá. Ese "más allá" implica el intentar

proponer soluciones a los problemas coyunturales del país. Por esta razón, encontramos grupos de jóvenes que se reúnen una vez por semana y discuten sobre las alternativas y proyectos que pueden brindarle al Perú. De hecho, aún son pocos aquéllos que han llegado a organizarse pero el número de estos grupos va en aumento. Mientras más grupos se formen, se obtendrá más propuestas y proyectos, por esto es muy importante que sigan haciéndolo.

La idea que da más vueltas en estas reuniones es la construcción de una alternativa de gobierno, puesto que se ve con recelo lo que podrá suceder en el año 2000, en el cual el ingeniero Fujimori deberá dejar el sillón presidencial porque así lo establecen nuestras normas. Estamos a poco tiempo de que esto suceda y no encontramos alternativas realmente convincentes a las que podamos encargar la dirección del país; tarea que podemos asegurar será ardua al tener que dar vuelta atrás y volver a construir la democracia.

Asimismo, como en otros tiempos, hoy presentamos el problema de los caudillos. El país ha estado gobernado siempre por una figura a la que le sigue un grupo de trabajo en silencio. La carencia

de personas, hombres o mujeres, capaces de asumir estos roles, nos hace pensar que en el país se añora la figura de un caudillo. Debemos pensar en grupos que realicen proyectos de trabajo y **no pensar en quién es el que debe ocupar el palacio de gobierno.** Esta resulta siendo la propuesta que nos formularon algunos jóvenes que pertenecen a estos grupos de debate. Ellos no creen que pueda surgir en estos momentos una figura, un héroe, un caudillo, en quien se pueda depositar toda la confianza.

Esperamos que ellos sean los políticos del mañana, los que guíen nuestro país, tal vez los que logren reivindicar la palabra “político”, para que ésta no sea más un insulto sino la definición de una actividad que como en sus orígenes aluda al oficio de buscar el bienestar de la ciudad y anteponer este fin a los objetivos e intereses individuales.

Por nuestra parte consideramos que el impulso de estos jóvenes está dando frutos y que a pesar de ser un proceso lento, están preparándose para ser los que en un futuro asuman las riendas del país. Ellos saben que es lento, que están enfrentándose a muchos problemas, que muchos los miran con escepticismo, pero consideran que el esfuerzo desplegado en esta lucha bien lo vale. ^{AE}